

SERMON

PREDICADO POR EL PADRE

GUILLERMO L. BRAVO GALLEGOS

Mercedario,

EN LA FIESTA,

LLAMADA “DEL TERREMOTO,”

QUE ANUALMENTE SE CELEBRA EN HONOR

DE NUESTRA SMA. MADRE

MARIA DE LA MERCED,

EN SU PROPIA IGLESIA.

(2 de Mayo de 1897.)



QUITO.

IMPRESA DE MANUEL V. FLOR,
POR LEÓN BRAVO.



SERMON

PARA LA FIESTA "DEL TERREMOTO",

EN HONOR DE NUESTRA SANTÍSIMA MADRE DE LA MERCED.



*In illa die erit corona gloriæ et ser-
tum exultationis residuo populi sui.*

En aquel día será la corona de gloria
.... y la guirnalda de regocijo para los
que quedaren de su pueblo.

ISAÍAS, CAP. XXVIII, v. 5.

INTRODUCCION.

Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, Venerable Cabildo
Metropolitano, Señores:

Yo bien creo que vosotros, los que asistís á esta religiosa función con espíritu de fé, recordáis la causa que movió al pueblo quiteño á instituir una fiesta solemne en honor de María Sma. de la Merced; sabéis que un beneficio singular, obrado por esta gran Seño-

ra en favor de esta ciudad de Quito en tiempos ya remotos, obligó á los dos Cabildos á jurar gratitud perpetua, perenne amor al misericordioso corazón de María. Allí está la Veneranda Imagen, testigo del juramento de nuestros padres; aquí está el templo, dentro de estas bóvedas resonó el eco de las voces del pueblo de Quito, reunido al impulso de fé viva para implorar la piedad de María entre los horrores de un terremoto, y para protestar que guardaría eterna gratitud por el favor alcanzado. ¡ Oh tiempos de fé ! ¡ Quién nos diera ver renovarse ese espíritu consolador, con que el hombre se alza de este suelo y se vuelve superior á todas las impresiones y sucesos sensibles, para buscar con harta sabiduría en la primera y verdadera fuente así la causa como el remedio de todos los males que le afligen ! Pero, ¿ qué digo ? aún hay fé ; aún conserva su tradicional buen sentido nuestro pueblo, por eso acude año trás año á este recinto á renovar los mismos sentimientos que animaron á nuestros mayores. Viéndolo estamos, y lo que es más, nos alienta la esperanza de que esa fé no perecerá ; de que ese pueblo que se abriga bajo las alas de tal providencia, bajo los auspicios de María, no ha de dejar de ser el pueblo predilecto del Señor ; porque así lo quiere Dios, porque así lo pide la Gran Señora que dispone de los tesoros de las misericordias divinas. Y ¿ cómo puede ser de ótra manera ? aquí está la Santa Imagen de María, símbolo cariñoso de nuestras más hermosas tradiciones, y en el cielo, Ella misma resplandeciendo con, su grandeza soberana, seduciendo los corazones con sus encantos infabables, convidando á todos con las manos abiertas para derramar los bienes ; y á sus piés tiene que acudir irremisiblemente el pueblo que cree, el pueblo que ama, el pueblo que padece ; y allí ha de reconocer el centro de sus aspiraciones, el depósito de cuantas di-

chas ha de menester; y ha de aclamar á María, ha de orar á Ella, la ha de bendecir, la ha de amar, la ha de reconocer como á su Madre, como á su Libertadora, como á la Corona de su gloria, y como á la Guirnalda de su regocijo.

Allá en los remotísimos tiempos bíblicos, la mirada profética de Isaías contempló la amable figura de la Madre de Jesucristo, y la señaló para ser *la corona de gloria de Dios y de la felicidad de los hombres: Et eris, dice el Profeta, corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui*; y serás corona de gloria en la mano del Señor y diadema de reino en la mano de tu Dios; y poco después agrega estas otras expresiones: *Et sertum exsultationis residuo populi sui*: y la guirnalda de regocijo para los que quedaren de su pueblo. Corona es María, sí, Señores, ¿y no ha de ser amada de los fieles? Corona es, entretegida por la mano misma de Dios, en la que están enlazadas por modo maravilloso todas las virtudes, las gracias juntas con que hace alarde de su munificencia el Señor en las obras perfectas de su poder; corona con que se está enseñándonos el sobrenatural perfeccionamiento á que ha sido elevada la naturaleza humana; corona con que está ciñendo Dios la brillante pléyade de espíritus celestiales en la gloria, y con la que está enamorando en la tierra todos los corazones. ¡Oh salve, Reina coronada, Angel de divinal hermosura, Corona de Dios, Diadema de nuestro reino! ---- Esta es, Señores, la magnífica voz de admiración y alabanza con que las generaciones se suceden saludando á María y, á la vez, con la que bendicen la Providencia de Dios y secundan su voluntad soberana, como quiera que Dios mismo ha engrandecido tanto á esta bendita Doncella, hasta colocarla á la diestra de la Augusta Trinidad, hasta ponerla como la corona de las obras portentosas de su mano, de la Encar

nación del Verbo y de la Reparación del hombre; por esto quiere que todas las criaturas publiquen las glorias de María, que todas reconozcan su incomparable dignidad: mostrando está Dios al cielo y á la tierra esta corona, este diadema que glorifica su reino: *et eris corona gloriae in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui.* ¿Qué admirable, pues, que tan graciosa Reina haya conquistado para sí la admiración de todos los sabios, la inspiración de todos los vates, el genio de todos los artistas, el amor de todos los pueblos y la veneración de todos los tiempos? ¿Quién no ve como consecuencia sencilla de la fé, tradicional también en nuestros pueblos, la tierna devoción de que ha sido objeto María entre nosotros, que se le haya honrado sin interrupción en nuestros templos y en nuestros hogares?

Pero, Señores, no hemos de continuar en este momento entretegiendo una guirnalda de puras alabanzas á María Santísima; hemos de elevarnos á otras consideraciones que no contribuyan menos así á honrar á Nuestra Madre bendita, como á encender más la fé y el amor á Ella en los corazones creyentes: empresa sobre humana sería, por otra parte, pretender elogiarla debidamente y, ya se lo dijo un escritor, ni la pluma caída del ala de un arcángel tendría inspiración suficiente para ello: Dios sólo que la crió tan bella y santa como su pensamiento, podrá encomiar á la Madre del Verbo; vengamos á otras consideraciones y, ya que la particular significación de esta fiesta nos invita, contemplemos siquiera sea brevemente la sabia economía de la Providencia del Señor en el orden que guardan los efectos todos, que dimanen de las causas segundas, con los fines elevados que Dios se propone en el tiempo, y cómo ha relacionado todos los resultados con la providencia particular que el mismo Dios ha confiado á María Sma., respecto de

los hombres: aquí hallaremos motivos para adorar y temer el poder de Dios, y para confiar en el de María Nuestra Madre, constituida, en verdad, en corona de todas las obras de Dios y en guirnalda de regocijo en medio de las calamidades que pueden padecer los pueblos que tienen fé. Esta es la materia que trato de explanar en el presente discurso, con la ayuda de María Santísima.

Envía, Madre de Dios, un rayo de luz para mi menguada inteligencia y para el corazón cristiano de este pueblo; oye mi humilde súplica y recibe mi reverente salutación.—AVE MARÍA.

PARTE PRIMERA.

In illa die erit corona gloriæ et certum exsultationis residuo populi sui.

En aquel día será la corona de gloria y la guirnalda de regocijo para los que quedaren de su pueblo.

Lug. cit.

Ilmo. Señor, Señores:

Tres siglos atrás (*), como en otras varias épocas, los sacudimientos del suelo amenazaron la ruína

(*) El año de 1575 fué el señalado por la série no interrumpida de temblores de tierra, en el Ecuador, á consecuencia sin duda de la erupción del Pichincha. En el terremoto horrible del 14 de Setiembre de ese año, hicieron los dos Cabildos el juramento á N. Madre de la Merced, de venir á su Iglesia cada año á honrarle con una fiesta solemne, que es la que hoy celebramos, pero por devoción de sus hijos los Religiosos Mercedarios; si bien toma parte también el Cabildo Metropolitano.

total de nuestras ciudades y en especial de esta de Quito; el pueblo creyente vió en ello, por sobre el hecho material, la mano de Dios y acudió al templo santo en demanda de perdón para sus culpas y de salvación para su vida amenazada. En estos sucesos y en todos los de su especie la razón humana, ofuscada por las preocupaciones del materialismo, no ve sino hechos y nada más que hechos, cuyas causas no pasan de ser materiales como los efectos; pero no descubre ni agentes superiores, ni fines elevados de orden sobrenatural. Caducaron, es cierto, y se cuentan tan sólo en las historias de las aberraciones humanas, aquellos sistemas que enseñaron tan menguada idea de la Divinidad, hasta representarla como un Dios ciego, como dice S. Agustín, ó como un Dios mezquino, oculto allá entre las nubes, sin cuidado ni intervención en las cosas de la tierra, como se expresa Job: *Nubes latibulum ejus. Non nostra considerat, et circa cardines cæli ambulat* (Cap. XXII, v. 14). A la luz que irradió sobre el mundo la Cruz del Gólgota, se disiparon como el humo y perecieron con sus escuelas tan nécias y apocadas doctrinas; pero han vuelto á revivir en los últimos tiempos á esfuerzos del orgullo despreciador de los auxilios sobrenaturales de la fé. Para la filosofía verdadera, en todos los sucesos, en todos los movimientos de los seres, hay causas altísimas, además de las inmediatas, fines morales, relaciones del orden natural con el eterno; en una palabra, hay Dios, Autor y Conservador de todas las cosas, manifestándose en su ser activísimo, en su poder infinito, en su economía admirable.

La inteligencia clara y serena ve en las convulsiones con que se agita el globo, la misma mano de Aquel que lo sacó de la nada al imperio de su voz soberana; en el rayo que hiere, la misma mano que lo fulminó en Sinay al promulgar las leyes eternas

del orden moral; en los globos de fuego que arrojan los volcanes descubre al mismo Espíritu que se paseaba lleno de majestad sobre las aguas que cubrían los abismos; y en el furor de los vientos, y en el murmullo de las fuentes, en el cielo y en la tierra, en los sucesos materiales como en los actos libres, en todos los seres, en todos los movimientos, Dios está dando y conservando el ser y la vida; porque Él sólo *es*; en Él puramente está la vida *propia*, en Él reside el *poder increado*: *Non est alius Deus quam tu, cui cura est de omnibus*: no hay otro Dios fuera de Tí, que todo lo gobiernas, (Sap. cap. XII, v. 13): y tu mano abarca de un extremo al otro todas las cosas y las ordena con suavidad y fortaleza: *Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponet omnia suaviter*, [Sap. cap. VIII, v. 1.º]

Si bien no es este, Señores, el lugar á propósito para entrar en las altas cuestiones que se agitan en las escuelas, pero de suyo viene la necesidad de agregar alguna otra explicación. Analizada á la simple luz de la razón natural la Providencia Divina, hallamos que se compone de tres elementos, de la acción de los atributos: sabiduría, bondad y poder. El primero muestra al Entendimiento divino todas las causas reales y posibles, sus efectos, sus tendencias, sus medios, sus fines y sus relaciones: el segundo mueve á Dios, si es lícito hablar de esta manera, á formar las determinaciones dignas de su santísima Voluntad, á impulsar á las criaturas hacia los fines particulares de las mismas, pero de modo que todas concurren también á realizar el último que no es sino la gloria del mismo Dios; por donde todo se reduzca á la unidad perfecta, siendo uno el principio, uno el agente principal y uno el fin último de todo: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*, [Prov. cap. XVI, v. 4.º]. Y por fin, el tercero, ó sea el poder, realiza

lo que el Entendimiento y la Voluntad concibieron, sin que nada se sustraiga de su acción, nada le resista, pues es infinito: *Multum enim valere tibi soli supererat semper; et virtuti brachii tui quis resistet?* Porque tú sólo tienes siempre á la mano el sumo poder; ¿y quién podrá resistir á la fuerza de tu brazo?, [Sap. cap. XI, v. 22].

En esta filosofía hallamos el fundamento para reconocer la intervención de Dios en las operaciones de todas las causas segundas; y ¿por qué ha de repugnar, sino se profesa el ateísmo, que Dios, no obrando jamás al acaso, se proponga en todo fines dignos de su Santidad? si los fines morales, á cuya consecución están llamados también los seres racionales, son de superior condición que los físicos, ¿podremos dudar que éstos se subordinan á aquellos, y que el bien espiritual del hombre, su corrección, su enmienda, la gloria del mismo Dios, entren como intento principalísimo para la Providencia Divina, en todos aquellos sucesos terribles, en los cataclismos de la naturaleza, en los cuales tan poderosamente se manifiesta Dios? ¡Oh, Señores! nada más justo como reconocer la mano de Dios y humillarnos bajo su peso, y nada al mismo tiempo más consolador como levantar entónces nuestras manos suplicantes hácia el que todo lo puede, para pedirle nos saque libres de los amagos de su indignación, y tanto más, cuanto sabemos que Dios no aborrece nada de lo que crió: *Nihil odisti eorum quæ fecisti*, [Sap. cap. XI, v. 25]: que Él es Nuestro Padre, que los mismos castigos son efectos de su misericordia, porque con ellos quiere purificarnos para que merezcamos ser dignos hijos suyos: *Quem enim diligit Dominus, dicitur el Apóstol, castigat flagelat autem omnem filium quem recipit*, [Epist ad Hæbr. cap. XII, v. 6.º]: *Sed misereris omnium quia*

nilentiam. Mas tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres, por amor de la penitencia, (Sap. cap. XI, v. 24).

Tan evidentes han sido estas verdades, que las hallamos, como otros tantos dogmas, consignadas en las mitologías de todos los pueblos, cultos y salvajes; todos han admitido la intervención de los dioses en los sucesos así prósperos como adversos de cualquier orden, sea físico, sea moral, y han instituido sacrificios y ritos y fórmulas deprecatorias para agradecer ó desagraviar á la majestad de sus divinidades. Pero no hemos de recurrir á esos testimonios teniendo en nuestros Libros Sagrados, bien claramente enseñadas estas verdades. Allí aprendemos á ver en Dios al Autor y Legislador Supremo, al Dueño Absoluto de la vida y de la muerte; en esas páginas vemos expresa la voluntad del Señor de querer nuestra humilde sumisión, de que aceptemos como pruebas los castigos que nos envía, y al mismo tiempo, nos indica que acudamos al valimiento de sus siervos, de sus amigos, para ahorrarnos su venganza; por eso vemos á Moisés en el desierto, á Aarón en la cumbre del monte, orando por el pueblo hebreo, para alejar ó mitigar los castigos que venían sobre las repetidas prevaricaciones de sus hermanos; allí están Elías, allí todos los Profetas constituídos en intercesores de su pueblo. ¿Qué cosa más natural, Señores, que Dios, Legislador Supremo, suspenda, modifique, derogue las leyes que Él estableció? Y si los altos magistrados en las repúblicas pueden delegar sus poderes, ¿no podrá Dios conceder parte de sus atribuciones á sus siervos, á sus amigos, á quien fuere de su beneplácito? ¡Pobre mortal! ¿quién eres para poner trabas á la voluntad omnipotente del Señor?-----

Y ahora bien; para nuestro corazón creyente no puede ser dudoso tampoco, que María Santísima,

la misma Madre de Dios, es aquella á quien el Señor ha constituido con misión especial Mediadora entre su Hijo divino y los hombres; pues María es la corona de las obras de Dios: *In illa die eris corona gloriæ in manu Domini*; y la guirnalda de regocijo para los que quedaren fieles de su pueblo: *Et sertum exsultationis residuo populi sui*; pero este punto lo veremos mas detenidamente en la siguiente

PARTE SEGUNDA.

Que las tribulaciones constituyen la herencia y la historia del hombre aquí en la tierra, y que en medio de ellas la bondad del Señor ha derramado consuelos, encendiendo la luz de la fe, ¿quién podrá negarlo? En la conciencia de todos está que padecemos de mil maneras; peligros y males nos rodean siempre; nos amenazan el cielo y la tierra, los hombres y nuestro propio corazón, y lo que es más, ni el tiempo pone fin á esos temores, porque la eternidad abraza en su pavoroso seno el cúmulo de todos los males que pueden oprimirnos. Pero tambien sabemos que junto al dolor ha puesto Dios la esperanza, al travez del sufrimiento hace brillar el premio, más allá de la senda de espinas que vamos recorriendo nos está mostrando la patria de la dicha, y junto á nosotros mismos ha colocado un ángel tutelar, diónos á María: no caen, pues, estériles en el suelo nuestras lágrimas, porque Ella las enjuga; no resuenan en el aire y se desvanecen en vano los quejidos que las penas nos arrancan, porque van á resonar en el corazón de Ma-

ría y allí hallan eco, y allí se truecan en consuelos pues María nos ama, porque María es nuestra Madre. ¡Oh y como es suave para el alma que padece abrigar la esperanza de hallar remedio a su mal! ¿Qué hara el que padece y no cree ni espera ni ama nada mas alla del círculo de la materia! Con harta sabiduría dijo Tertuliano: *que el alma era naturalmente cristiana*. Las adversidades la elevan irresistiblemente al cielo en demanda de lenitivo al dolor; pues en la tierra no halla consuelo. Felices nosotros los que *creemos*, porque tenemos la clave para todo: si necesitamos bienes, á Dios sabemos que nos hemos de dirigir; si nos afligen los males, al mismo nos volvemos, ó interponemos el valimiento de Nuestra Abogada, de María Santísima.

Bossuet, alabando la Providencia de Dios, hace notar que en la Biblia se halla consignada al mismo tiempo que la sentencia de muerte la promesa de nuestra redención: un mismo dia, dice, fué testigo de la caída de nuestra naturaleza y del restablecimiento de nuestra esperanza; se nos condena á la servidumbre, y se nos promete un Libertador; se pronuncia nuestra maldición, pero se anuncia que una Mujer quebrantaría la cabeza del enemigo; las amenazas y las promesas se tocan; la luz del favor brilla en los mismos rayos de la cólera divina; y Adán que nos pierde, y Eva que vino á ser la fuente de nuestras desdichas, son las figuras vivas de los misterios que nos santifican, de Jesucristo y de María. Así, tan antigua como nuestra ruína, es la misión consoladora que recibió María Santísima y la que viene desempeñando; pero veamos más de propósito los fundamentos de esta misión de amor.

El corazón de Dios, como fuente de misericordia, *Pater misericordiarum, Deus totius consolationis*, como se llama Él mismo por S. Pablo, (2.^a Epist. á los Corint.,

cap. I, v. 3.º), no pudo dejar de amarnos, á pesar de habernos hecho indignos, y lo que es más, nos elevó á la dignidad de hijos suyos: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus*, (Epist. 1.ª Joan. cap. III, v. 1.º), nó por naturaleza, como quiera que la nuestra dista infinitamente de la divina, sino por adopción; pero si el pecado nos había vendido á Satanás, no podíamos ser hijos de Dios, si primero no nos rescataba Jesucristo: nacimos pues á la dignidad de hijos por el amor del Padre y por los sufrimientos del Hijo. Y María ¿de qué modo contribuyó á esta generación espiritual? el Padre la asoció al amor y el Hijo al dolor; el primero le comunicó la fecundidad del amor, por la cual llegó á ser Madre del Verbo y á sentir en su corazón toda la ternura que el mismo Dios tenía á los hombres: Jesús le hizo participante de su pasión, la asoció á los misterios dolorosos de la Cruz; nos engendró, pues, María amando y llorando (*); ¿y no será verdadera Madre? ¿Qué dulce confianza nos asiste, hermanos míos, de poder elevar nuestras súplicas á quien nos ama! ¿qué consuelo saber que esa Madre es tan poderosa ante Dios, que no puede menos de alcanzar lo que solicite su corazón: *Pete, Mater mea*, le dice Jesucristo á su Madre divina, *neque enim fas est ut avertam faciem tuam*: Pide, Madre mía, que no es razón que yo te niegue nada, (Lib. 3.º Reg. cap. II, v. 20). ¿Qué podremos temer? ¿de qué desconfiarémos? ¿cuáles podrán ser las circunstancias tan apremiantes, en las que no nos asista la esperanza de hallar remedio? Jesucristo mismo, en el testamento que selló con su sangre, nos dejó esta seguridad, cuando recomendó á María el cuidado del dis-

(*) Bossuet, Sermón del Rosar. Se ha tomado ántes el sentido que las palabras.

cípulo amado y en su persona el de todos los fieles: *Mulier ecce filius tuus*: Mujer, hé ahí á tu hijo, (S. Joan. Evang. cap. XIX, v. 26). Y cuán bien haya cumplido María esa misión, lo están evidenciando la fé y el amor que le profesan todos los fieles agradecidos: como elocuente testimonio allí están los templos que en honor de María se levantan, las fiestas que se le dedican, el grito de amor que resuena en todo el Catolicismo aclamándola Bienaventurada, Madre, Abogada y con todos los títulos de gloria, de honor y bendición.

Y nuestro pueblo ¿no tiene fé, no participa de esa devoción universal? Sí, así es; y bien lo hacéis, hermanos míos; no apartéis jamás vuestros corazones de María; allí está vuestro lugar de refugio. Si alguna vez el Señor airado enviare sobre nosotros algunas calamidades, no perdáis la esperanza; porque tenéis una Mediadora, que calmará la ira divina y hará brillar el iris de la esperanza y del consuelo; recordad el ejemplo de nuestros antepasados, como oraban á nuestra Madre, como le conjuraban viniera en su auxilio; así lo hareis vosotros en toda circunstancia. Antes de concluir quiero recordaros un suceso de lo Sagrada Biblia, en el que viene representada la misión de María y en el que están encerradas útiles enseñanzas. La ciudad de Bethulia, como todo Israel, se hallaba en cierta ocasión amenazada de exterminio por el ejército de los Asirios; la resistencia era imposible y ninguna la esperanza de salvación. Los sacerdotes, entónces, se visten de cilicio, los niños postran en tierra sus semblantes delante del templo, y todos á una voz claman al Dios de sus padres les socorra con su ayuda. En tal coyuntura, una mujer, famosa por sus virtudes y demás prendas, se presenta á los jefes del pueblo y les dice: Tentación es esta que Dios nos ha enviado, porque...

tra fe y vuestro amor; con las tribulaciones se alcanza la amistad de Dios, pero con las tribulaciones recibidas en paciencia; por este camino llegaron á ser amigos de Dios Abraham, Isaac, Jacob y todos los grandes siervos. *Así es*, contestaron Onías y los demás ancianos: *Omnia quæ locuta es, vera sunt*. Ahora, pues, ruega por nosotros; mujer santa eres y temes á Dios: *Nunc ergo ora pro nobis, quoniam mulier sancta es et timens Deum*, (Lib. Jud. cap. 8.º). ¿Véis allí la figura de María? ¿reconocéis allí la imagen de la amarga situación en que se hallarían nuestros mayores allá en el siglo décimo sexto, y en la que podríamos vernos ahora si se repitieran los fenómenos y castigos de aquellos tiempos? Pues á Ella, á María nuestra Madre hemos de acudir, diciéndola. *Ora pro nobis, quoniam mulier sancta es*; ruega por nosotros, porque eres santa, porque todo lo puedes ante Dios, porque eres la corona de nuestra gloria: *eris corona gloriæ*; eres la guirnalda de nuestro regocijo: *et sertum exultationis residuo populi tui*.

Esta fé, esta dulcísima esperanza nos asistirá siempre con tu ayuda, ó Corona nuestra. En nuestras desventuras á ti clamaremos y nos oirás desde el cielo, y ahora mismo te pedimos alejes de nosotros los castigos que tenemos merecidos por nuestras culpas; danos paz, paz verdadera; protege al clero y á nuestros dignísimos Prelados; bendice á todos los que nos gloriamos, como del mejor timbre, de ser tus hijos; pues bien conoces que tambien te amamos nosotros, y te prometemos aquí á tus piés que te amaremos hasta la eternidad.

A. M. D. G.

